Esplendor, decadencia y guerra. Acerca de la visión de la historia de España en la obra de Jacinto Octavio Picón

Esteban Gutiérrez Díaz-Bernardo

No abunda especialmente el tema histórico en la narrativa de Jacinto Octavio Picón. O sí, puesto que bien podría aplicarse al propio don Jacinto lo que él mismo afirma en su libro sobre Velázquez: «al reflejar lo real, lo hizo tan intensa y fielmente que ciertos cuadros suyos son páginas de historia» (Picón, 1925: 258). Y así es sin duda también en su caso si contemplamos su producción literaria desde nuestros días: las relaciones amorosas, la situación de la mujer, el mundo del trabajo, el tema religioso, entre otros, desfilan ante nosotros en los relatos del autor con una dimensión que bien podría calificarse de histórica a más de un siglo de distancia, sobre todo si le tomamos la palabra —coherencia obliga— y nos atenemos a su convicción de que el fluir de los hechos y de las gentes «revela mejor el carácter y el espíritu de un pueblo que las más elocuentes páginas hijas del saber y la meditación» (Picón, 1877: 23).[1]

No obstante, la que podríamos considerar estricta materia histórica no deja de aflorar tanto en algunos de sus cuentos y novelas como en su producción crítica. Con dos núcleos principales: el atraso español, que sucede a una época esplendorosa y recorre nuestra historia desde el siglo xvi hasta la actualidad del autor, y la guerra y sus consecuencias, que Picón enfoca sobre todo, como veremos, en los acontecimientos bélicos de los que fue testigo en los años de su juventud.

1. El atraso español: del esplendor a la decadencia

El tema del secular atraso español aparece incidentalmente en su narrativa y se formula con nitidez en su obra crítica, desde los *Apuntes para la historia de la ca-*

1. Son ideas que expone el autor en más de una ocasión, como en sus prólogos a las obras de Ricardo Sepúlveda (Sepúlveda, 1898: xvi) y Felipe Pérez y González (Pérez y González, 1898: 17). Más detalles sobre el particular en nuestra segunda entrega de la serie «Los cuentos de Jacinto Octavio Picón en el contexto de su obra» (Gutiérrez Díaz-Bernardo, 2010: 67-73).

ricatura hasta el *Velázquez*, lo que equivale a decir desde el primero al último libro que salió de su pluma.[2] En este sentido, el capítulo inicial de la obra sobre el pintor sevillano nos interesa especialmente en la medida en que da forma a varias referencias dispersas a lo largo de toda su producción, y viene a ser el haz y el envés de la pretensión de Juan, protagonista del relato *Rivales* (1908), quien escribe en carta a su hermano:

> Mi propósito es escribir un libro donde reúna y refiera algo de lo que en el curso de los siglos ha hecho España por el progreso humano; y aprovechando obras antiguas, sacar a luz glorias olvidadas, como estudios, trabajos, tentativas y proyectos de cosmógrafos, médicos, navegantes, naturalistas y pensadores; recordar que el primer manicomio de Europa se fundó en España; que aquí se aceptó el sistema de Copérnico cuando fuera se le escarnecía; que en ninguna parte se dio a la naciente imprenta la protección que entre nosotros. ¿A qué seguir? ¡Si con España se ha cometido la iniquidad de juzgar su poderío del siglo XVI con el criterio del XIX! Quisiera, en una palabra, hacer un libro que vulgarice lo que saben pocos, ignoran muchos e interesa a todos; lo que está enterrado por el olvido o callado por la malquerencia; no tengo grandes pretensiones: me contento con procurar que unos se aficionen a estudiar lo que es su patria y otros entren en deseo de hacer lo mismo que yo, mejor hecho. Por supuesto, nada de poetizar lo malo y funesto de la tradición en cuanto representa intolerancia y fanatismo: ¡eso, nunca! (Picón, 2008: II, 394).[3]

Lo cual encuentra su referente detallado, como indicábamos, en el capítulo primero del *Velázquez*, que desgrana lo que Juan pretende y también lo que descarta. En efecto, aquí asegura Picón que «desde el tiempo de los Reyes Católicos hasta que el genio nacional quedó sofocado por la monarquía absoluta y la intolerancia religiosa, España fue, en relación al resto del mundo, un pueblo tan civilizado como la Inglaterra de ahora», que no fundó su grandeza «solo en la fuerza de las armas, sino también en el estudio de las ciencias, en la práctica de sus aplicaciones, y, sobre todo, en un sentido progresivo y humanitario verdaderamente admirable». Y continúa con mil pormenores que, aun a riesgo de agotar su paciencia, no quisiéramos hurtar al lector:

2. Los *Apuntes* se habían ido publicando por entregas en la *Revista de España* entre 1877 y 1878 (en nueve partes que aparecieron desde el número de marzo-abril de 1877, tomo LV, hasta el de noviembre-diciembre de 1878, tomo LXV) y en volumen en 1879, por más que aquí figure 1877 como fecha de publicación. En cuanto al *Velázquez*, en su segunda edición refundida, es el libro en que Picón trabajaba cuando le sorprendió la muerte en noviembre de 1923. Precisamente, en la última frase que don Jacinto añadió al original de 1899 escribía: «Convengamos en que Clío no se deslustra por referir ciertas menudencias, las cuales, además de no estar fuera de lo real, suelen distraernos o consolarnos de la honda amargura que deja en el alma la lectura de la Historia» (Picón, 1925: 140-141).

3. Advertimos, ya desde esta primera muestra, que modernizamos la ortografía y puntuación de los textos reproducidos.

> Italia era más artística; Francia, más fastuosa; ninguna potencia hubo más ilustrada que España. Mientras el Aretino dice despreciativamente que «los pobres son los insectos de los hospitales», Gilberto Jofre funda en Valencia el primer manicomio que ha existido en el mundo, y Pedro Ponce de León y Juan Pablo Bonet enseñan a leer y escribir a los sordomudos; cuando la Sorbona de París llama a la imprenta «arte maldito» y manda quemar a Roberto Estienne por haber puesto números arábigos a los versículos de la Biblia, nuestro cardenal de Burgos dice que «por mucho que escribiera para alabar el arte de impresión de libros, no acabaría nunca»; Diego de Valera, al final de su *Crónica de España*, lo ensalza con entusiasmo por ser «arte que, sin error, divino decirse puede»; y, poco después, un embajador de España en Roma ruega al rey «que no se deje arrebatar el privilegio de la creación de imprentas, y que recabe la independencia y libertad del invento, desde el doble punto de vista de la industria y del derecho». En tanto que la Universidad de Lovaina hace la primera lista de obras prohibidas, sugiriendo a los papas la idea funesta del *Índice*, aquí se exime a los impresores de toda clase de tributos y las Cortes declaran libre la entrada de libros en España. A mediados del siglo XVI tomó tal vuelo entre nosotros la enseñanza que las Ordenanzas de Mondoñedo de 1560 castigaban con tres años de destierro a los padres cuyos niños no iban a la escuela; en otras partes se prohibía que pudieran ser alcaldes los que no sabían leer ni escribir; y en Madrid se multaba en dos mil maravedís al padre cuyos hijos no asistían al estudio municipal, con lo que se procuraba secularizar la enseñanza, evitando que la juventud acudiese a las cátedras de los frailes (Picón, 1925: 1-3).

Prosigue el joven don Jacinto ofreciendo una detallada relación de las diversas e importantes realizaciones, y su proyección exterior, en la ciencia, la técnica y el pensamiento de la época por parte de astrónomos, geógrafos, naturalistas, matemáticos, médicos, descubridores, navegantes, inventores, pedagogos, filósofos, etc.:

> En la España de aquel tiempo brillaron Alonso de Córdoba, cuyas tablas astronómicas se usaban en Italia; Vasco de Piña, que calculó las declinaciones del sol para la isla de Santo Domingo; Luis Vives, llamado a Oxford por el rey de Inglaterra para que instruyese a su familia; Alonso de Santa Cruz, descubridor del arte de trazar mapas [...]; Fernán Pérez de Oliva, que intentó descubrir el telégrafo magnético; Guillén, que inventó la brújula de variación; Diego de Zúñiga, que defendió el sistema copernicano cuando lo rechazaba Europa entera; Juan de Urdaneta, que inquirió la causa de los ciclones; Pedro Núñez, que construyó el micrómetro llamado *nonius*, apenas perfeccionado en tres siglos; Rivero, que inventó las bombas de metal para achicar el agua de las naves; Jerónimo Muñoz, que calculó las trayectorias de los proyectiles; Juan Pérez de Moya, que vulgarizó el estudio de las matemáticas; Rojas, cuyo astrolabio usaba Galileo; Juan Escribano, que inició la aplicación del vapor como fuerza motriz; Rojete, catalán o gallego, pero de fijo español, que construyó el primer telescopio [...], por lo cual Sirturo llama a la construcción de telesco-

> pios *arte hispano*; Martín Cortés, que descubrió el polo magnético antes que Libio Sanuto; Pedro Ciruelo, que redactó el primer tratado de la ciencia del cálculo; Miguel Sabuco, que escribió la *Nueva filosofía de las pasiones* antes que Alibert; el admirable médico Juan Huarte, precursor del moderno positivismo; Andrés Laguna, que creó un jardín botánico en Aranjuez antes que lo hubiera en Montpellier y en París; Fernández de Oviedo y José de Acosta, por quienes Humboldt ha dicho que los españoles fueron los fundadores de la física del globo. Francia e Inglaterra estuvieron un siglo aprendiendo de nuestros marinos el arte de navegar; Holanda y Portugal no hicieron sino seguir nuestras huellas; la gran República de Venecia, única potencia que estaba en condiciones de intentar tanto como nosotros, consideró con estrechez de miras el descubrimiento del Nuevo Mundo: *Mare Nostrum* podían decir todas las naciones latinas contemplando el Mediterráneo; solo España se atrevió a exclamar lanzándose al Océano *¡Plus Ultra!* Nuestra superioridad no fue, como se ha supuesto, exclusivamente militar; y puede afirmarse que desde Fernando e Isabel hasta la muerte de Felipe II no hubo problema científico que no se iniciara o hallara eco en España, ni varón ilustre en materia de ciencias que no estuviese en relación con nuestra patria (Picón, 1925: 3-6).[4]

Pero, como señalábamos, en el *Velázquez* sí hallamos en boca de Picón lo que el personaje de *Rivales* prefiere callar: «Tras tanta grandeza llegó la decadencia», leemos, y sintetiza el autor al repartir culpas: «la monarquía por absorbente, el clero por fanático, la nobleza por ignorante y el pueblo por holgazán y envilecido». «Gran trabajo —añade— cuesta creer los desaciertos en que incurrían todas las clases sociales durante los reinados de aquella funesta dinastía que comenzó en el hijo de una pobre loca y acabó en un desdichado enfermo». Y se sumerge de nuevo en el detalle:

> Pasó como un sueño la gloria de Carlos I; tras los males engendrados por la ambición y el despotismo, vinieron la inútil crueldad de Felipe II para conservar lo heredado, la devoción estéril con que Felipe III imploraba del cielo lo que no sabía procurar en la tierra, y subió por fin al trono aquel Felipe IV a quien sus cortesanos llamaban *el Grande* pero de quien hoy nadie se acordaría si no le hubiese retratado Velázquez. Indigna y entristece leer cuánto se debilitó y bastardeó por entonces toda manifestación de independencia intelectual. Se acabaron los pensadores que defendían los fueros de la razón con la bravura de aquel doctor Villalobos, médico de la Reina Católica, que se arriscaba a decir: «Yo no hablo con teólogos, y si los filósofos se acogen a ellos, harán como los malhechores que se acogen a la Iglesia»; desaparecieron los humanistas de la gallardía de Francisco Sánchez, *el Brocense*, que revolviéndose contra la enseñanza intolerante y rutinaria de las aulas decía de los lectores

4. A las páginas que siguen, hasta la 20 en que termina el capítulo, pertenecen las citas que van a continuación, que reproducimos al hilo.

> de súmulas: «Porque para que uno sepa es necesario no creerlos, sino ver lo que dicen, como Euclides y otros maestros de matemáticas, que no piden que los crean, sino que con la razón y evidencia entienden lo que dicen»; en aquel triste período ya no había hombres del temple de Nebrija, que, censurado por no satisfacerse con los índices latinos al interpretar los textos sagrados y recurrir a los griegos y hebreos, se defendía con estas vigorosas frases: «¿Qué se puede hacer donde se dan los premios a los que corrompen la Sagrada Escritura, cuando por el contrario se infama, excomulga y se da muerte afrentosa (si quieren sostener su doctrina) a los que restauran lo depravado, resarcen lo perdido y corrigen lo errado? ¿No basta cautivar, en obsequio de Cristo, mi entendimiento con lo que la religión me manda?... ¡Qué dominación tan inicua la que a fuerza de violencia prohíbe decir lo que se siente, aunque se deje salva la religión!».

Es en este aspecto en el que se llega entonces a caer de lleno en lo más risible y grotesco:

> El alto espíritu inspirador de *Los nombres de Cristo* y *El símbolo de la fe* se avillanó hasta producir libracos como la *Ensalada hecha con hierbas del huerto de la Virgen* y *La buenaventura que dijo un alma en traje de gitana a Cristo*. Los estudios científicos llegaron a mirarse con tal prevención que Felipe III encomendó a su confesor la presidencia de una junta solicitada por el general Conde de Villalonga para la reforma de la artillería, y Felipe IV confió el proyecto de canalización del Manzanares y el Tajo a una comisión de teólogos, los cuales rechazaron la idea diciendo «que si Dios hubiera querido que ambos ríos fueran navegables, con un solo *fiat* lo hubiese realizado, y que sería atentatorio a los derechos de la Providencia mejorar lo que ella, por motivos inescrutables, había querido que quedase imperfecto».

Por lo demás, «la corrupción del clero era tan grande como su ignorancia», y cita en los *Avisos* de Pellicer y Barrionuevo y en otros papeles predecesores del noticierismo moderno «muchos casos de clérigos castigados por robos o asesinatos, y aun por el pecado nefando». «La credulidad rayaba en insensatez» —agrega acompañando su aserto de algún llamativo ejemplo—, hasta el extremo de que «España se cubrió de conventos». En Madrid, donde los Reyes Católicos habían creado solo tres y Carlos I no más de cinco, «Felipe II fundó diecisiete, Felipe III catorce, y otros tantos Felipe IV». Además, «lo que sucedía en las comunidades de mujeres no se puede referir limpiamente», afirma taxativo.

En cuanto al pueblo, «vejado y oprimido, sin creer ni esperar en nadie, llegó a un completo rebajamiento moral, lógica consecuencia de ser mirado con desprecio el trabajo»:

> Había en las ciudades más pícaros que oficiales de manos, y andaban por los caminos menos trajinantes que salteadores; el pobre consideraba como decoroso empleo ser criado de casa grande y vestir librea; alternando el hurto con la sopa boba se re-

> mediaban muchos; y las infelices mujeres, mal pagadas las pocas labores a que podían dedicarse, si no encontraban marido que las amparase o monjío a que acogerse sufrían el triste destino de empezar por busconas y acabar en celestinas. Aquella miserable vida explica que al común de las gentes, al vulgo señor soberano del lenguaje, se le corrompiera la fe y se le agriase el ingenio, expresando luego su impiedad en frases y refranes insolentes.

No menos corrompidos se hallaban los ricos y los nobles: unos en el desempeño de los cargos públicos, otros malbaratando su hacienda y viviendo en permanente escándalo; y hasta los reyes, que si no resultaron «tan escandalosos y libertinos como los Borbones de Francia, tampoco fueron modelos de buenas costumbres»:

> El mismo Felipe II corrió sus aventuras; Felipe III no pasó de ser gran aficionado al baile; pero Felipe IV debió de rendirse a muchas tentaciones, y además se cuidó poco de ocultar sus resultados. Según algunos historiadores, tuvo hasta treinta y dos hijos fuera de matrimonio, o, como antaño se decía, «habidos en buena guerra»; y no faltó a los varones la protección de su real padre, pues si bien solo reconoció a don Juan de Austria, hizo a don Alfonso de Santo Tomás obispo de Málaga, a don Alonso de San Martín obispo de Oviedo, a don Fernando de Valdés general de Artillería, y prosperó también a don Juan Corso, gran predicador conocido por don Juan del Sacramento.
>
> Menos afortunadas las hembras, pasado el capricho regio se les obligaba a profesar en la Encarnación, en la Concepción Real o en otros conventos, a veces no sin escándalo y aunque no tuvieran vocación.

El ánimo se llena de tristeza —continúa Picón— al estudiar aquel período de la historia española. Se gastaban millones, por ejemplo, para recibir a un príncipe extranjero al tiempo que los recursos de la hacienda no alcanzaban siquiera al sustento de la familia real. La arbitrariedad de los gobernantes se alimentaba de la sumisión de los gobernados: las más ilustres familias se arruinaban por vanidad mientras los soldados sin paga se acuchillaban en las calles; «a los grandes les hicieron dañinos la ignorancia y la soberbia; a los pequeños les gangrenaron la holganza y el servilismo»; y en cuanto a la Iglesia, «por todo pasaba con tal de que no sufrieran merma sus rentas ni su jurisdicción se pusiera en tela de juicio».

> Y nada digamos de la Inquisición —añade en nota—. Hay ahora escritores que intentan disculparla comparando sus procedimientos con aquellos, no menos abominables, de los luteranos ingleses y de los calvinistas ginebrinos; como si unos crímenes pudieran atenuar la execración que merezcan otros.

Es cierto que se alzaron protestas contra los abusos, que magnates y nobles tramaron algunas conspiraciones, pero ni unas ni otras alteraron el fondo del

cuadro: «Muertas las Cortes, vencida la independencia municipal desde Carlos I, sofocada la vitalidad de ciudades y villas por el afán centralizador, desvirtuado el espíritu religioso por la superstición y despreciado el trabajo, se desmoronó el poderío español». Por fortuna, y a modo de compensación por tantas y tan dolorosas humillaciones, concluye don Jacinto, «nuestra historia presenta entonces dos muestras espléndidas del genio nacional: el tesoro de la producción literaria y el florecimiento de la pintura; los poetas y los artistas recuperaron para España, en los dominios de la belleza, aquella estimación y gloria que en lo material y político perdimos por las culpas de malos reyes y ministros peores».

2. La guerra y sus consecuencias

En cuanto a la guerra, se hace presente en varios cuentos y en una de las novelas de Picón, que recorren algunos de los principales conflictos bélicos del siglo: la guerra de la Independencia en *La monja impía* (1890); la guerra franco-prusiana en *Después de la batalla* (1882); las guerras carlistas, especialmente la tercera, en *Virtudes premiadas* (1891), *La Nochebuena del guerrillero* (1892), *Sacrificio* (1894), *Ayer como hoy* (1898) y la novela *El enemigo* (1887); y la guerra de Cuba en *Voz de humildad* (1896), *La Perla* (1897) y *La lección del Príncipe* (1898).

Si atendemos al fondo histórico, escasa relevancia alcanzan estos tres últimos textos, muy apegados a la especie del cuento-artículo o cuento-ensayo derivada del calor mismo de los acontecimientos políticos y bélicos que entonces se producían en la isla caribeña. Por lo que respecta a los dos primeros, y a algún otro, no presentan mayor interés en este aspecto que el de estar localizados en una guerra que posibilita la peripecia, sobre la que volveremos. Nos centraremos ahora por ello en dos de los relatos situados en la tercera guerra carlista: un cuento (*La Nochebuena del guerrillero*) y una novela (*El enemigo*), donde sí se delinea, y a veces con gran precisión, el trasfondo real en el que la ficción se inserta.

La Nochebuena del guerrillero se abre con una descripción demarcativa que dibuja unos perfiles inmersos en la realidad histórica más estricta: «Hacia fines de 1874 iban los carlistas de vencida en casi toda la parte oriental de España, y particularmente en aquellas tierras que por haber pertenecido a la antigua Orden de Montesa se llaman aún del Maestrazgo, hallándose los facciosos divididos en partidarios de Lizárraga y de Cucala, que se disputaban la jefatura del ejército insurgente del Centro» (Picón, 2008: I, 314). Realidad esta que se completa y valora en el párrafo inmediato, que actúa como transición al caso narrado:

> De la división nacía la desconfianza, del recelo la morosidad en el cumplimento de las órdenes, y de la poca armonía entre los que mandaban el desaliento de los que obedecían, viniendo a parar todo en marchas inútiles y contramarchas penosas, cuyo término era sufrir sorpresas y aguantar derrotas. Entonces, los que creyendo servir a Dios y al Rey ensangrentaban la Patria, redoblaron sus esfuerzos, añadien-

> do a los horrores propios de toda guerra civil aquellas crueldades que inspira la desesperación del vencimiento. No se limitaban los cabecillas a exigir raciones e impuestos excesivos en los pueblos donde conseguían entrar, sino que hasta maltrataban a las personas; la menor resistencia era brutalmente castigada; las partidas dejaban tras sí rastro de incendio; no ya la certidumbre, la simple delación de espionaje equivalía a una sentencia de muerte; hubo jefe que fusiló cuantos prisioneros llevaba cogidos en dos meses; los empleados de las vías férreas tuvieron que abandonar sus empleos, quemando las gorras y capotes, cuyos galones y distintivos podían descubrirles; y por último, cuando Cucala arremetió contra el fuerte de Santa Bárbara de Liria, puso delante de sus batallones a las mujeres de los defensores del castillo. La derrota del cura de Alcabón, a quien batió el teniente coronel Portillo, acabó de enfurecer a los facciosos, quienes desde entonces hasta su completa dispersión guerrearon salvajemente (Picón, 2008: I, 314).

En cuanto a la novela *El enemigo*, si bien aparece centrada también con mucha concreción, como veremos, en los inicios de esta misma tercera guerra carlista, el tiempo evocado remite a veces a sucesos históricos anteriores a través de la vida pasada de algunos personajes. Así, por poner algún ejemplo relevante, al padre de Millán, impresor, «una noche le sorprendió la policía, y cerrando la imprenta se llevó al dueño a la cárcel del Saladero, donde permaneció, gastándose los ahorros en un cuarto de pago, hasta que el 29 de septiembre las turbas le sacaron en triunfo con otros presos políticos» (Picón, 1921: 41). Y sobre todo encontramos el procedimiento en la figura de don José, quien recuerda en ocasiones, a partir de los hechos del momento, los que él mismo vivió en su juventud y madurez en diversos conflictos políticos y bélicos. Así, ante las noticias de la guerra «desplegaba tesoros de erudición refiriendo muchas anécdotas de Olózaga, O'Donnell, González Bravo, Sixto Cámara, Calvo Asensio y Fernández de los Ríos» (Picón, 1921: 15). O antes: «cuantos amigos iban a verle sabían que su conversación favorita era el curso de la guerra, cuyas noticias él comentaba con recuerdos de la campaña del 33 al 40 y de los movimientos militares de entonces, que ahora, en concepto suyo, debían repetirse» (Picón, 1921: 13-14).

Pero son los acontecimientos de 1872 y 1873 los que centran la novela, a través de los partes que llegan del Norte (Picón, 1921: 87), a través de las voces de la calle acerca de la situación (Picón, 1921: 88-89), y sobre todo a través de la lucha entre carlistas y liberales, que el narrador enfoca resueltamente desde el bando liberal, como cuando presenta el avance del carlismo en el medio rural:

> En pueblos y aldeas comenzó a notarse extraña inquietud y desusado movimiento, sustituyendo a las conversaciones sobre el estado del campo o el cuidado de las haciendas diálogos que expresaban no temor, sino esperanza de próximos trastornos.
>
> Se sabían con indignación cosas abominables y se comentaban con ira. La Revolución, que había hecho jurar a los sacerdotes una Constitución sacrílega y que ciñó la corona de san Fernando a un hijo del carcelero del Papa, parecía lanzada a

> nuevos e increíbles excesos; los gobiernos que se sucedían en Madrid estaban compuestos de enemigos de la Iglesia; de algunos de los ministros se dijo que eran protestantes, y se añadía que en la corte se fraguaba una conspiración para suprimir el sueldo a los párrocos y arrojar de sus conventos a las pobres monjitas que escaparon a la *persecución* del año 68. [...] Las gentes se hallaban ávidas de recibir y comunicarse nuevas que justificaran la exaltación de los ánimos; los que no sabían leer, es decir, el mayor número, se reunían en corros a oír las relaciones que en cartas o periódicos se hacían del estado de la infeliz España, que parecía haber caído en poder de moros; comenzaron a pronunciarse con respeto nombres de cabecillas olvidados; y personas que jamás hicieron alarde de su opinión manifestaron sin rebozo que, si en aquellos valles volvía a resonar el grito de *Dios, Patria y Rey*, lo repetirían con entusiasmo. En los pueblos, cada púlpito era una tribuna; cada sacerdote, un orador que, poseído de santa violencia, se olvidaba de alabar a Dios por combatir a sus enemigos; recordábanse en las tertulias hazañas de la *otra guerra*, narradas con carácter de leyenda, y de continuo atravesaban el país viajeros que deteniéndose a modo de emisarios en los caseríos repetían palabras que eran consignas o frases de esperanza en el alzamiento, ya cercano. Hasta las mujeres atizaban el fuego, como si anhelasen la lucha teniendo en poco la vida de sus hijos (Picón, 1921: 141-143).

No tanto como los curas, desde luego, entre los cuales el carlismo había prendido con fuerza, hasta el punto de que menudeaban los que, «fugados de sus curatos, aparecían luego como cabecillas en el campo o eran sorprendidos en las ciudades sirviendo de auxiliares y emisarios cerca de las juntas del partido faccioso» (Picón, 1921: 177).

De estos será Tirso, aunque su familia —y el lector— tardará en descubrirlo. Picón delinea en él una figura cuidadosamente perfilada:

> La luz de la lámpara iluminaba de lleno su rostro cetrino: tenía los ojos grandes y pardos, la mirada terca; la frente alta, afeada por cierta depresión hacia las sienes; los labios recios y todas las facciones angulosas, como de talla mal labrada. Dábanle aspecto de dureza el pronunciado ceño, que fruncía involuntariamente, y un viso obscuro que le quedaba por lo fuerte de la barba, aun recién afeitado. Parecía hombre capaz solo de sensaciones tardas, pero intensas y durables, pronto a convertir la firmeza en obstinación y la frialdad en violencia. Su afabilidad, cuando la mostrara, debía de ser forzada; su ira, espontánea; todo revelaba en él un carácter enérgico y no de muy gran ternura. Su devoción sombría antes le inclinaba a entusiasmarse con el vehemente proselitismo de Pedro Arbués que a sentir el dulce amor a Dios de santa Teresa. Su progenie sacerdotal no estaba entre los mansos de corazón, sino entre aquellos clérigos que imaginaron abrir las puertas del cielo con el hacha de matar moros. Su fervor religioso tenía asomos de entusiasmo bélico. San Pedro cortando la oreja al siervo del pontífice por defender a Cristo, Santiago batallando en Clavijo, eran a sus ojos mil veces más admirables que san Hilario proscribiendo la fuerza. Unos adoran al Señor, otros pelean por dilatar su reino en la tierra: Tirso era de es-

> tos. Mientras tuviese la Iglesia incrédulos que amordazar, fueros que defender o privilegios que exigir, la vida contemplativa se le antojaba propia de espíritus mezquinos. A las lecturas místicas que arroban el alma dulcemente prefería esas leyendas de audaces misioneros que son los caballeros andantes de la fe. Un versículo del Evangelio le agradaba sobre todos; aquel que dice: *No he venido a traer al mundo la paz, sino la espada* (Picón, 1921: 163-164).

Cuando llega a Madrid, su disgusto ante un asilo que recoge a los hijos de las lavanderas mientras estas trabajan y ante el palacio de Oriente («cual si allí viviera alguien a quien personalmente aborreciese», Picón, 1921: 150-151), resulta tan patente como su frialdad ante el próximo encuentro con los suyos, porque «lo primero es lo primero» (Picón, 1921: 153), dice, y así antepondrá una visita a una iglesia a la llegada a la casa de sus padres, que le esperan ansiosos de abrazarle.

Enseguida surgirán los roces con Pepe, su hermano, precisamente a causa de la religión (Picón, 1921: 157-159), y también de la política:

> Pepe [...] se encaró con su hermano y, aunque hablando moderadamente, repuso:
>
> —Es natural que tengas simpatías por los partidos reaccionarios; son los que os protegen; pero, ¿negarás que nosotros no podemos querer bien a la Iglesia? Siempre, renegando de su origen, ha sido enemiga de la libertad y la democracia.
>
> —¡La libertad! ¡La libertad! ¿Y para qué sirve? ¿Y qué es la democracia? Tolerar que manden los pillos. ¡La democracia! ¿Cuántas libras de patatas se compran con eso?
>
> —La libertad es lo que os mandó Cristo que predicarais; la democracia, lo que os ha permitido a vosotros, clérigos y frailes, nacidos entre los más humildes, escalar los puestos más altos del mundo (Picón, 1921: 173-174).

Pepe se irá convenciendo de que Tirso actúa movido por el proselitismo:

> ¿Cuáles serían sus propósitos ulteriores? —hace el narrador que se pregunte en estilo indirecto libre—. Motivos de conveniencia personal, seguramente ninguno. Lo único verosímil era que obrase impulsado solo por proselitismo religioso, y en este caso, para comprometer en la empresa la paz y la dicha de la familia, su fanatismo debía de ser grande (Picón, 1921: 211).

Y tal se demuestra en su actuación posterior, que nos lo revela como agente carlista que se vale de doña Manuela y Leocadia, su madre y su hermana, para librar en la casa la batalla de las ideas. Así, en ocasión de uno de los entonces ya frecuentes altercados, cuando discuten los hermanos acerca de la lascivia, Pepe acusa a Tirso de pretender combatir pecados que Leocadia todavía desconoce:

—Combatir contra la carne es virtud.
—Y no haber necesidad de combatirla, cosa mejor que la virtud misma.
—¡Está bien! Tendré que ver impasible a tu amigo [Millán, el novio de Leocadia] traerle libros detestables, historias de crímenes y amoríos perniciosos; yo, su propio hermano, no podré oponerme. Está claro: la libertad, para el mal; al bien, la mordaza. Al menos eres lógico: aplicas a la casa la misma política que defiendes para el país. Luego os asombraréis porque sacerdotes como yo quieran traer piedad a las familias, y porque otros, como los que luchan lejos de aquí, pretendan aniquilar a la revolución, que vomita blasfemias y engendra delitos.
—¡Traer piedad a las familias! ¿Acaso sabéis lo que es la familia? Os basta el amor a la divinidad; y el egoísmo engendrado por la idea fija de la salvación del alma, que lo avasalla todo, no es compatible con la ternura heroica y abnegada propia del cariño..., del amor. No en vano decís que la caridad bien ordenada empieza por uno mismo. Así, una hora de meditación os parece preferible a un día de trabajo, y la leyenda de un éxtasis histérico os conmueve más que las lágrimas vertidas consolando el dolor ajeno.
—Eres más impío de lo que imaginé.
—Y tú más fanático de lo que yo pensaba. Por ganar almas para el cielo, vas a traer la discordia a casa de tus padres. Antes que hijo, eres cura (Picón, 1921: 235-236).

La batalla de las ideas, decíamos; de unas ideas que pronto Tirso llevará al púlpito, en un sermón fundado en el episodio en que Cristo dijo: «Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César»:

Sí, hermanos míos —decía—, debemos servir a la nación, al Gobierno y a las autoridades, porque no exige nuestra Santa Madre Iglesia que renunciemos en absoluto a la vida social, aunque es mejor la vida de apartamiento religioso; pero hay que andarse con cuidado en lo de la obediencia. ¡Bueno fuera que por servir los intereses de este mundo ofendiéramos al Padre, o al Hijo, o al Espíritu Santo, o a la Santísima Virgen, o a cualquiera de los Apóstoles y Santos que nos han señalado el camino de la perfección, que es como un sendero espinoso a cuyo fin hay un gran jardín, que es la gloria! Debemos ser obedientes al César, pagar contribuciones y gabelas, ser soldados y marinos para mayor brillo de esta nación cristiana, que tan mal anda desde que vaciló la fe; mas nuestro deber de católicos es antes que los demás deberes. Pues qué, amados míos, ¿hemos de contribuir para que se emplee nuestro dinero contra nuestra conciencia? [...] ¿Queréis que sirvan nuestras riquezas o jornales para que los malos gobiernos paguen suntuosos embajadores que adulen a los carceleros del Santísimo Pontífice, que apacienta el rebaño de Cristo desde su lecho hediondo de paja en un calabozo del Vaticano, antes trono de su preponderante sabiduría? ¡No, y mil veces no, hermanos míos! Seamos, si es preciso, como aquellos mártires que desafiaban a los procónsules romanos, y ya sabéis que estos procónsules eran como ahora los gobernadores civiles. ¿Y hemos de ser soldados para servir de guardia a nuestros

> ministros impíos y para obedecer a sacrílegas asambleas que decretan la asquerosa libertad de conciencia? (Picón, 1921: 265-267).

Por entonces corren parejas la guerra en el Norte y la guerra en la casa, y abundan los paralelismos entre ambos conflictos, que se resolverán con la expulsión de Tirso del hogar familiar y su marcha al frente como oficial carlista. Su muerte final viene a significar, como se apunta en el desenlace, el entierro de lo pasado y la esperanza en el porvenir (Picón, 1921: 456). Es, naturalmente, la historia de las guerras civiles interpretadas desde el lado liberal, el lado liberal de Jacinto Octavio Picón.

Hasta aquí *El enemigo*, novela de combate ideológico y político, de la que se desprende una dura condena de «los que, creyendo servir a Dios y al Rey ensangrentaban la Patria», como leemos en *La Nochebuena del guerrillero* (Picón, 2008: I, 314). Pero por encima de la dimensión política se halla la dimensión humana. Sin salir de la novela tantas veces citada hallamos la figura de don Tadeo, «fanático en opiniones políticas y creencias religiosas», pero «bueno a carta cabal» (Picón, 1921: 131). Y saliendo de ella, encontramos en *Virtudes premiadas*, relato de 1891, a uno de los personajes inolvidables de la narrativa piconiana, el *carlistón* don León María de Regio, hombre moralmente intachable por encima de su partidismo, un alma buena:

> Era católico, apostólico, romano, y el exceso de fe le hacía intolerante, único lunar que afeaba aquellas virtudes de dulzura, bondad y paciencia. Su madre, devota con ribetes de beata, fue una de tantas ignorantes para quienes judío y malvado, hereje y criminal, son palabras sinónimas, y a él tampoco se le alcanzaba más. Pasados los cuarenta, fue a Roma por contrata, en tren de peregrinos, vio al Padre Santo en una solemnidad de gran espectáculo, y se quedó asombrado ante los esplendores del fausto católico, a pesar de lo cual siguió creyendo a pie juntillas en la *paja del Vaticano*, mostrándose siempre dispuesto a romperse el alma con quien negase que el pobrecito Papa estaba cautivo y aherrojado. Era carlista: primero, porque lo fue su padre, y segundo, porque ignoraba lo que representa la monarquía absoluta en la historia de España. Su entusiasmo carlista nacía también de una buena condición: el espíritu de lealtad. El culto a la desgracia y la simpatía hacia el vencido tenían para su alma hermosa prestigio incomparable. El que a él se le antojaba *Rey* desposeído y desterrado le parecía cien veces más digno de respeto que un soberano poseedor del trono y cercado de aduladores (Picón, 2008: I, 216).

Don León será, por cierto, uno de los varios exiliados que pueblan la narrativa de don Jacinto, o, aproximando de nuevo historia y ficción, uno de los incontables exiliados españoles, sobre todo en Francia, que la política y las guerras expulsaron de nuestro país a lo largo del siglo XIX. De él escribirá el narrador abriendo su relato:

> Le conocí hace algunos años en aquel café de Bayona donde desde hace medio siglo, entre conspiraciones e indultos, refrescan y se aburren los emigrados españoles. ¡Cuántas sonrisas de alegría o incredulidad han reflejado aquellos espejos! ¡Cuántos suspiros de desaliento se han estrellado en los bordes de aquellas tazas! ¡Qué de hombres se han despedido ante aquellas mesas soñando despiertos con la esperanza para verla luego destruida y frustrada más acá de los Pirineos! (Picón, 2008: I, 215).

Y a otros los presentará dando lecciones de español, como es el caso de don Tomás Valero, o bordando para fuera, como doña Gertrudis de Durango, ambos en *La Nochebuena de los humildes* (Picón, 2008: I, 335-336). O, volviendo a don León, en el contraste entre el exiliado joven y el viejo, con la carga de humanidad, y de empatía, que transmiten líneas como estas:

> Poco tardaron en atarazarle el alma las amarguras de la emigración. Ya no era como en su juventud, cuando no quiso acogerse al convenio, el desterrado voluntario, casi rico y arrogante mozo que en tertulias y saraos traía encantadas a las damiselas francesas con el doble prestigio del valor desgraciado y la figura gallarda, sino el anciano pobre, achacoso, desengañado y vencido. Calles de Bayona y riberas del Adour, ¡cuántas veces le visteis pasear triste y solo, saboreando entre afligido y orgulloso su estéril lealtad! (Picón, 2008: I, 221).

Consecuencia inevitable de la guerra es el rastro que deja de destrucción física y espiritual. Y, en nuestro caso, la compasión que suscitan sus víctimas, como percibimos en algunos cuentos del autor. Así, sor Gervasia, que es *La monja impía* del relato de este título, y en la guerra de la Independencia, ha vendido la imagen de plata de la Virgen y la ha cambiado por una de plomo con el fin de obtener dinero para poder curar a los heridos que se amontonan a la entrada del convento castellano en el que profesa. Cuando se descubra la *impiedad*, esto es, la sustitución de la imagen, sor Gervasia se defenderá elocuentemente:

> —Yo, yo vendí en la ciudad la Virgen de plata y en su lugar mandé hacer la de plomo. Con el producto de la venta pagué a los médicos que traje, alquilé el carricoche en que vinieron y compré las medicinas que hicieron falta. ¿Merezco castigo? Que vengan a imponérmelo las madres de aquellos hombres que entraron aquí medio muertos y salieron con bríos para seguir batiéndose (Picón, 2008: I, 177-178).

Lo que, por cierto, si persuade al lector fuera del texto, no convence al poder eclesiástico dentro de él:

> Visto lo nuevo del caso y lo extraordinario del delito, la priora dio parte al señor obispo.
>
> Sor Gervasia fue sometida a un proceso eclesiástico y expulsada de la comunidad.

> Se la condenó a salir del convento cubierta la cabeza de un velo negro, descalza, llevando en la mano una vela apagada. Y salió al campo por aquella misma puerta que se abrió para que entrasen los heridos (Picón, 2008: I, 178).

«Aquella desgraciada no había nacido para servir a Dios», acabará comentando la priora.

Tampoco había nacido para servir a Dios, sino a los hombres —y en el más alto sentido de la expresión—, Hortensia, la protagonista de *Después de la batalla*, mediante la cual accedemos a otra cara de la guerra franco-prusiana (1870-1871), la de la historia menuda de sus muertos y heridos. Desde la azotea de su soberbia quinta, la protagonista contemplará las tropas francesas y alemanas batiéndose por un punto estratégico hasta que «comenzaron a cruzar ante las tapias del jardín soldados fugitivos con el terror de la derrota impreso en el semblante». Al primer herido le cedió su propia cama, pero:

> Tras aquel herido vinieron otros, y luego otros, y después muchos más. Los primeros fueron instalados en los mejores aposentos; por último, se aprovecharon todas las piezas. Fue preciso acomodarlos en los cuartos de los criados, en los corredores, hasta en los desvanes y las cuadras. La casa quedó convertida en hospital de sangre, se estableció en ella una sección de sanidad militar, y a medida que se acallaban a lo lejos los estampidos de la artillería, comenzó a escucharse entre los muros de la quinta el quejarse y el gemir de los heridos.
>
> Entonces Hortensia buscó entre sus ropas un soberbio vestido de raso rojo, lo partió de cuatro tijeretazos, y cosiendo dos anchas tiras cruzadas sobre una sábana blanca, mandó izar aquella bandera improvisada sobre el tejado más alto de la casa (Picón, 2008: I, 110).

No preguntaba Hortensia la nacionalidad de los heridos. Cuando reciba al general prusiano, lo hará en el vestíbulo, porque —dirá— «mi casa es un charco de sangre: al pisar ahí dentro uniformes franceses, os expondríais a pisarlos también alemanes» (Picón, 2008: I, 112). Para Hortensia, y para Picón —antimonárquico, anticlerical, antigermanófilo, profeminista, radical en su liberalismo—, llegado el momento, no hay más que un único bando, el de las víctimas.

Bibliografía

Gutiérrez Díaz-Bernardo, Esteban (2010), «Los cuentos de Jacinto Octavio Picón en el contexto de su obra (II). Estética e ideología: la obra crítica», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, 35, pp. 15-81.

Pérez y González, Felipe (1898), *Chucherías. Fruslerías históricas y chascarrillos de la historia*, prólogo de D. Jacinto Octavio Picón, Madrid, Hijos de M. Guijarro.

Picón, Jacinto Octavio (1877), *Apuntes para la historia de la caricatura*, Madrid, Establecimiento Tipográfico.
— (1921), *El enemigo*, Madrid, Renacimiento (*Obras completas*, IX).
— (1925), *Vida y obras de don Diego Velázquez*, Madrid, Renacimiento, 2.ª ed. (*Obras completas*, X).
— (2008), *Cuentos completos*, edición crítica de Esteban Gutiérrez Díaz-Bernardo, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2 vols.
Sepúlveda, Ricardo (1898), *Antiguallas. Crónicas, descripciones y costumbres españolas en los siglos pasados*, prólogo de Jacinto Octavio Picón, Madrid, Fernando Fe.